

EL ORO.

¿Decía usted, amigo lector...?

¿Nada? Pues lo siento.

Yo creí que V., como yo

Y tantos otros que vivieron ántes,

sentiría conmoverse hasta lo más íntimo y recóndito las fibras de su corazón al escuchar esa palabrita, que se ha hecho en Cuba artículo de contrabando:

¡El oro!

¡Ah! áun sin que en este pedazo de tierra, tan disputado como calurosamente defendido, hubiera llegado á ser el oro una especie de fruta de contrabando, casi tan escasa como la célebre manzana que se indigestó á Adán en el Paraíso, —lo cual dobla en importancia,—no sabría yo explicarme esa indiferencia de V., como no fuese calculada, porque el oro es un bocado excelente, una tentación de los sentidos, un peligro para todos, y hasta un motivo de zozobra y ansiedad.

¡El oro!—Se le vilipendia por todos, se le llama *vil metal*; se amontonan contra él cargos y más cargos, y no hay más que oír su sonido claro, vibrante, argentino, para que vuelvan la cara al sitio que lo produce el anciano y la jóven, el pollo y la jamona, el aristócrata hinchado y el miserable pordiosero, el grande y el chico, el blanco y el negro.

Yo no sé por qué será; pero, se lo aseguro á V. con formalidad, me creo con valor para resistir la acometida de una, dos y hasta tres suegras, con ánimo de soportar los pellizcos de una chica enojada, y las miradas de otra celosa, con resignación para recibir la bendición de un cura carlista y de escuchar las aventuras de un parlanchin, y no tengo fuerzas para escuchar impávido, cuando las manos metidas en mis escuetos bolsillos, encuentro en ellos el vacío en toda su imponente grandeza, el sonido de esas monedas amarillas, chocándose entre sí y produciendo una música tan deliciosa, que—con perdon del arte sea dicho—me hace juzgar insípida y sin gusto la de Rossini, Bellini, Paganini y otra media docena de *mis*.

Entonces me pongo malo, y como decía Carolina Fernandez,

Me dan sudores,
Me bamboleo,
Y sin querer bailo
La soledad.

Todo lo cual no es bastante para que yo consiga una, no

ya regular, pero ni áun mediana ración de esas monedillas. Tengo sólo un pobre consuelo, el consuelo de los tontos; sé que no soy el único desheredado de la fortuna; pero ¿y qué? El que las nueve décimas partes de los que vivimos en Cuba se encuentren en mi caso, ¿es motivo para que yo no lo sienta?

El oro ha sido, es y será la causa de los disgustos pasados, presentes y futuros, el origen de todas las contrarie-

LA ALEGRIA.



Del periódico *Los Niños*.

dades, la piedra de escándalo de todas las cuestiones ruidosas.

Los cantonales, los carlistas, los insurrectos, ¿qué otra cosa que el oro, que no encontraban; el oro, que les es una necesidad para el sostenimiento de sus vicios; el oro, con que quieren comprar las satisfacciones de un minuto,

porque las duraderas no se alcanzan sino á costa de una conciencia tranquila, ha podido animarlos á cometer tanta supina barbaridad, en mengua de España y en peligro de su pellejo?

Con oro, ni Contreras, ni el cura Santa Cruz, ni Céspedes se habrían metido á redentores de patrias en estado de merecer.

Con oro, créanme Vds., no escribiría yo este artículo do-

te la codicia de ninguno, y recordar sólo el importante papel que el oro ha representado en la comedia del mundo, desde el momento en que los israelitas le cobraron tanta afición, que de él hicieron un becerro, en la seguridad de que no había más Dios que el oro, hasta que el billete de banco vino á hacerle una competencia de mala ley.

Horacio, el gran poeta latino, que debía saber dónde les apretaba la suela del zapato á sus contemporáneos, ha presentado á la gente de aquellos tiempos corriendo como unos gamos en busca del *auri sacra fames*. ¡Si será antigua la afición de esa gente!

Todos los vates que se han honrado con la amistad de las nueve hermanas se han considerado con *derecho* para menospreciar el oro y con *deber...* al sastre y al zapatero, por no tener unas cuantas piezas del *vil metal*. El mismísimo Quevedo ha tenido también en su tintero algunas palabrillas amargas destinadas á satirizarle.

Ahí va la prueba en estos versos:

Madre, yo al oro me humillo,
Es mi amante y mi adorado,
Pues de puro enamorado,
De continuo anda amarillo.

Y vean Vds. lo que son las cosas: todos se ocupan en vilipendiar y menoscabar al oro, y á todos les gusta poseerlo.

Sin embargo, siendo tan grande el número de los que han dedicado al oro sus alabanzas ó sus diatribas, es reducidísimo el de los que han dicho lo que es.

Yo voy á tomarme ese trabajo, hablando por boca de ganso, quiero decir, de un químico.

Oigan Vds. lo que dice ese señor:

Es el oro un cuerpo simple, del género de los metales, de color tan amarillo, tan maleable, que se extiende bajo el martillo hasta 159.100 veces su volumen, y tan dúctil, que se alarga hasta 651.570, pasando-se por la hilera de los tiradores de oro.

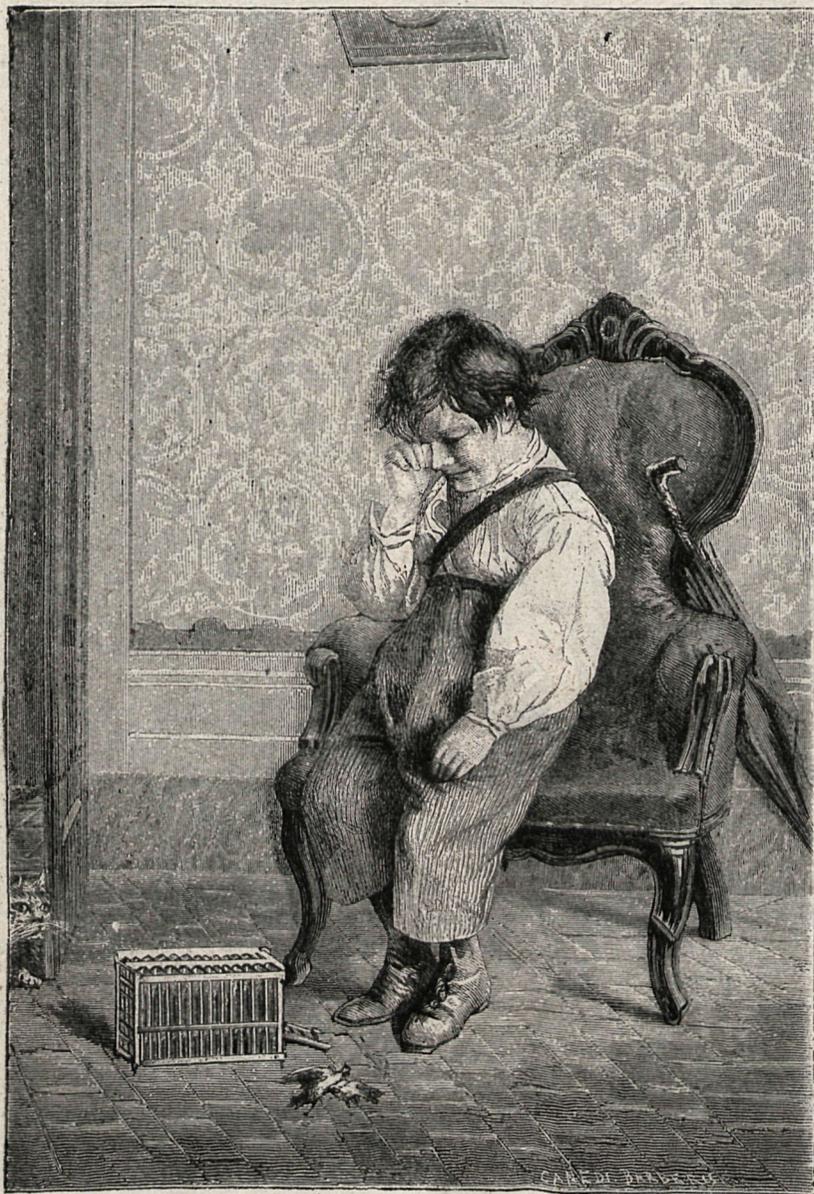
Respecto á su tenacidad, baste decir que un hilo de dos mil milímetros de diámetro sostiene 608,22 kilogramos.

El oro es inatacable por el mayor número de agentes químicos ordinarios, y á esto debe el llamarse *rey de los metales*. El cloro y el bromo son los únicos que atacan el oro á la temperatura ordinaria; el agua régia, mezclada con ácido azói-

co, lo disuelve y forma con el mercurio una amalgama. El oro, aunque por lo general amarillo, á veces tira al verdoso y al rojizo ó al ceniciento.

Allá, cuando el rey que rabió echaba chicoleos á Maricastañas, y cuando á pesar de que eran muchos los que labraban la tierra, no se conocía la nociva especie de los

EL DOLOR.

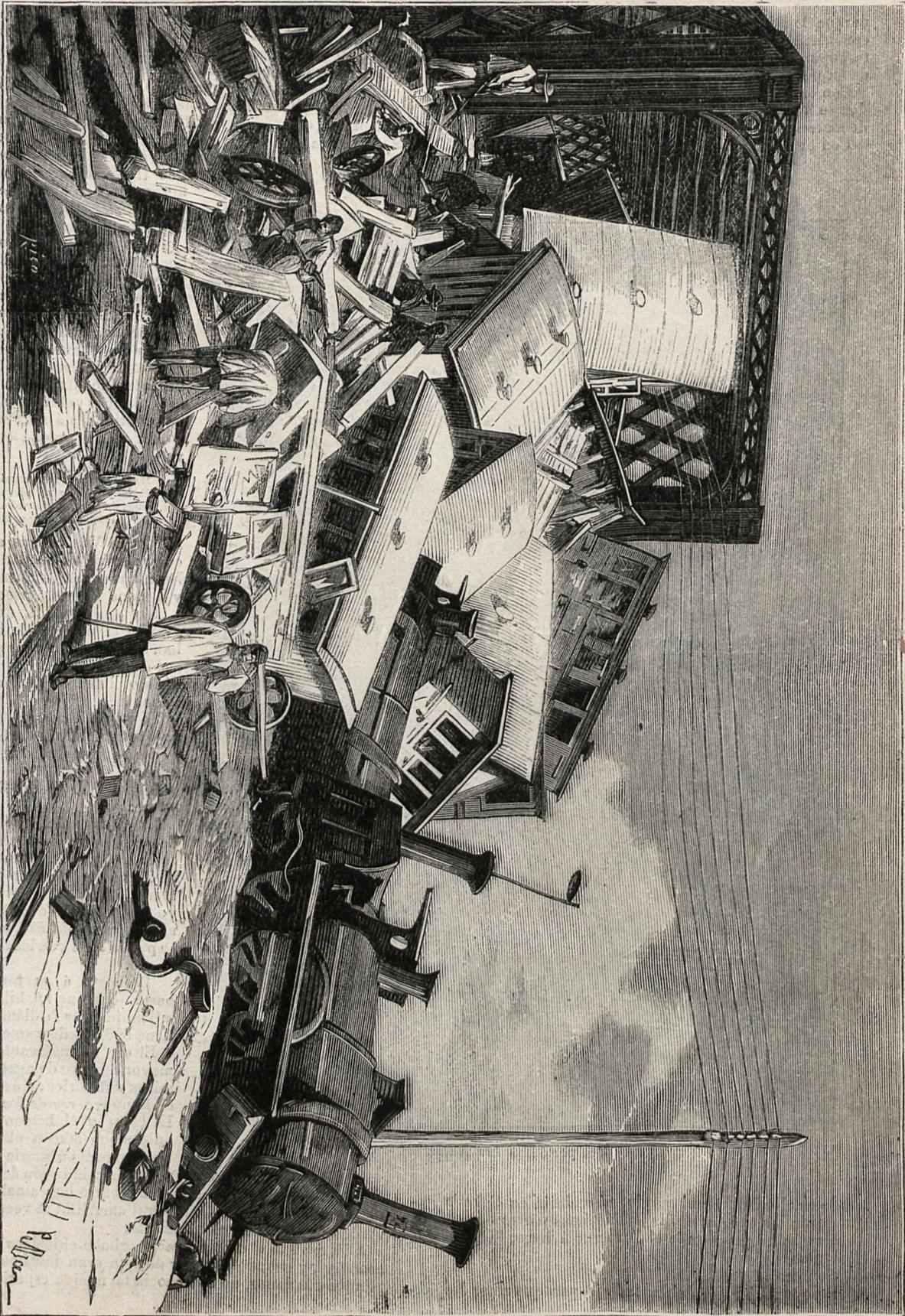


Del periódico *Los Niños*.

rado en el crisol de mi magín, ni sudaría en Cuba la gota gorda las once y media duodécimas partes del año, en que no se ha presentado el invierno á hacer la mueca de costumbre.

Con oro...

Pero lo mejor será doblar la hoja, para que no se despier-



Catástrofe en el puente de Viana: apunte tomado del frente de la vía.

laborantes, cuéntase que en España y en Africa existian muchas minas de oro.

Hoy no se encuentran éstas ni por un ojo de la cara. Su monopolio pertenece á América casi exclusivamente; lo cual no impide que para nosotros venga á ser el oro asunto casi legendario.

Permitanme Vds. que calle los usos que con el oro pudieran hacerse.

Porque la verdad es que si no constituye la dicha, por dichosos se consideran cuantos le poseen.

Y si no, aquí me tienen Vds. Siempre que oigo hablar del oro, y de las inconveniencias que su posesion reporta, no se me ocurre decir más que una cosa:

— ¡Que me lo traigan!

JUAN CENTELLAS.

Habana, 1873.

LA HIJA DE JEFTÉ.

DRAMA LÍRICO.

PERSONAJES.

SÉILA.	RUBEN, prometido de Séila.
JEFTÉ, su padre, Juez y caudillo de Israél.	JÓVENES HEBREAS.
	GUERREROS de Jefté.

La escena es en el país de Galaad, no lejos del Jordan.

ACTO ÚNICO.

Alegre campiña.—Á un lado varias casas rústicas, una de las cuales es la de Jefté. Por el otro se descubre la extensa llanura cubierta de doradas mieses, y sembrada de algunos árboles propios de aquella region. En el fondo, sobre lejanos y azulados montes, brilla la aurora, y á poco aparece el sol.—Es una mañana serena.

JÓVENES HEBREAS.

(Salen por diferentes direcciones, como encamiándose al liano para emprender faenas campestres.)

Ya la aurora clara brilla
Sobre la cumbre del monte azul:

Ya la suelta nubecilla
Rasga en oriente su blanco tul.
Pardas alondras y ruiseñores

Trinando van;
Su fresco aroma tomillo y flores
Al aire dan.

Y el terebinto y el sicomoro
Que baña el sol,
Reflejan el rayo de oro
De su nítido arrebol.

(Sale Séila en ademan triste y meditabundo.)

SÉILA.

Cantad vstra ventura,
Doncellas de Judá;
Gozad, miéntas mi pecho
Suspira de pesar.

JÓVENES.

¿Por qué apareces triste,
Honor de Galaad?

[SÉILA.

Vision arcana..

JÓVENES.

¡Oh ciclo!

SÉILA.

Turbó mi alegre paz.

(Reuniéndolas en torno suyo.)

Süave tocó mis párpados
La noche con su beleño:
Gozaba mi mente en éxtasis
La dicha de blando sueño.
Soñaba que, en flores cándidas
Ceñida la pura sien,
Ante el sacro Tabernáculo
Daba mi mano á Ruben;
Cuando de pronto, mudo y sombrío,
Torvo fantasma se apareció:
Clavó en mi seno su acero frio,
Y amante y vida me arrebató.

JÓVENES.

(Tratando de reanimarla.)

¡Del ángel malo
Vana vision
Que de la sombra
Negra salió!
Tú de la tribu
Límpido sol,
Tú eres ¡oh Séila!
Grata al Señor.

(Sale Ruben con expresion de gozo, y á una señal suya se retiran las Jóvenes hebreas.

RUBEN:

¡Séila!

SÉILA.

¡Ruben amado!

RUBEN.

Oye por fin con plácido contento
Nueva feliz.

SÉILA.

Al pecho conturbado
Tornas vida y aliento.

RUBEN.

Hoy serán tu ventura y mi ventura
Aurora peregrina
Que en oriente fulgura
Y el firmamento espléndida ilumina.

(Con entusiasmo.)

Tu padrae, con ruda victoria
De Ammon ha sabido triunfar:
Así que retorne en su gloria,
Irémoss al pié del altar.

Vuela; cífete de flores;
Engalánate, mi amor;
Y arpa y sistro sus loores
Canten hoy al vencedor.

SÉILA. (Con alegría.)

¡Nueva gozosa
Que al alma mia
Torna dichosa
Cuando gemia!
Paz á mi pena
Das ¡oh Ruben!
Pura azucena
Cubra mi sien.

RUBEN.

Cándida esposa
Del alma mia,
Sueña dichosa
Con la alegría.
Brilla serena,
Flor de Salen:
Nunca la pena
Turbe tu Eden.

RUBEN y SÉILA.

El amor que me enajena
Hoy los cielos gratos ven.

(Séila entra en su casa para engalanarse, y Ruben se va por el fondo á recibir á Jefté.—La escena queda sola unos momentos.—Empieza á oírse á lo léjos un himno de triunfo que se acerca gradualmente, hasta que aparecen Jefté y sus Guerreros.)

GUERREROS. *(Salen.)*

Los que hiere la diestra soberana
Vencidos huyen y deshechos son,
Como nube liviana
Que arrastra el Aquilon.
Bravos de Galaad, lauro y victoria,
Pues los hijos de Ammon cayeron ya:
¡Á Jefté prez y gloria!
¡Gloria al Dios de Judá!

(Sale Jefté por entre los Guerreros y detrás Ruben.)

JEFTÉ.

Él, por quien noble aliento,
Dió poder en la lid al brazo mio:
Mi firme juramento,
Homenaje á su honor, cumplir ansío.

(Con solemnidad y energía.)

Quien cruzar primero vea
Los umbrales de mi hogar,
Holocausto suyo sea,
Inmolado ante el altar.

(Aparecen de nuevo las Jóvenes hebreas, engalanadas, y con sistros y panderas, danzando en honor de Jefté. Éste, hasta que lo marca el diálogo, no repara en Séila, que, también engalanada y coronada de flores, se detiene sobre el umbral de su puerta al salir por ella.)

SÉILA. *(Desde la puerta.)*

¡Salud al padre mio!

JÓVENES.

¡Honor al gran Jefté!

GUERREROS.

Circunden su cabeza
La oliya y el laurel.

JEFTÉ. *(Como queriendo detenerla.)*

¡Gran Dios! ¡Qué miro! ¡Tente!
¡Séila! ¡Mi Séila fué! *(Abatido.)*
¿Y he de inmolarla? ¡Oh tierra,
Ábrete ante mis piés!

SÉILA. *(Acercándosele.)*

¿Por qué, padre, me apartas?

JEFTÉ.

¡Morir! *(Para sí.)*

SÉILA.

Cual hija fiel,
Por tí de nardo y rosa
La casta frente orné.

JEFTÉ.

Víctima coronada
Mis ojos ¡ay! te ven;
Y el ara con tu sangre
Muy pronto bañaré.

JÓVENES.

¡Cielos!

RUBEN.

¡Oh!

JEFTÉ. *(Con dolor.)*

¡Lo he jurado
Al Santo de Israel!

Porque mi pueblo intrépido venciera,
El sacrificio prometí leal
Del primero que á verme traspusiera
De mi casa el umbral.
¡Y te ví, amada mía,
La sien ceñida de fragante flor!
¡Piensa cuánto será de mi agonía
El bárbaro dolor!

JÓVENES. *(Aterradas.)*

¡Funesto voto!

SÉILA.

¡Murió mi amor!

RUBEN. *(Con energía.)*

Quede, por fiero, deshecho y roto.

SÉILA. *(Á Jefté, con resignación.)*

Yo soy tu sierva, tú mi señor.

(Á tres.)

JEFTÉ. *(Para sí.)*

Humo ha sido mi ventura
Que deshecho al aire va:
Tras mi gloria, noche oscura
Con su horror me envuelve ya.
¡Qué me sirve, de caudillo
Lauro bélico tener,
Si bañado mi cuchillo
Con su sangre voy á ver!

RUBEN. *(Á Séila.)*

Tras ensueño de ventura
Triste el alma herida está;
Y anegada en amargura
Postrimer adios te da.
Si su casto amor sencillo *(Á Jefté.)*
Debo ¡ay Dios! al fin perder,
Antes yo con tu cuchillo
Traspasado pueda ser.

SÉILA.

¡Oh Ruben! La dicha pura
De mi amor quimera es ya;
Pues ceder á suerte dura
Hoy ordena el gran Jehová.
Claro sol, tu puro brillo
(Mirando al cielo.)

Ya mañana no he de ver:
Ante Dios mi frente humillo,
Y su esclava quiero ser.

JÓVENES.

¡Oh Séila infortunada!

GUERREROS.

¡Suerte cruel!

JÓVENES.

¡Piedad de la cuitada,
Dios de Israel!

(Momentos de pausa.)

SÉILA. *(Acercándose serena á Jefté.)*

Mi pecho aguarda: hiéreme presto:
Lo que juraste, cumple leal.

RUBEN.

¡Oh cruda muerte! ¡Voto funesto!
¡Y yo no espiro, Dios inmortal!

JEFTÉ. (*Agitado.*)

Tu sangre es mia....
¡Oh Séila! ¡Adios!
¡ El cielo quiera que en este dia
Muramos los dos!

(*Jefté se cubre el rostro con su manto, y se prepara á herrarla. Las Jóvenes hebreas se interponen en ademán de súplica.*)

JÓVENES.

¡Merced! ¡Piedad! Propicio
Retarda el sacrificio.....

JEFTÉ.

¡Lo debo consumir!

(*Luchando consigo.*)

JÓVENES.

Si en ella tierno adoras,
Deja que breves horas
Pueda su fin llorar.

JEFTÉ. (*En la mayor agitacion.*)

¡Oh!... Sí... Que parta... Que no la vean
Mis tristes ojos... (*A Séila.*) Muy léjos ve...
Cuando dos lunas pasadas sean...
¡Ay! sobre el ara te inmolaré!

JÓVENES. (*Mostrando algun gozo.*)

No : la esperanza sucede al llanto.

JEFTÉ. (*Con desesperacion.*)

¿Y qué esperanza sino morir?

JÓVENES.

Si la consagras al templo santo,
Quizá tu voto no has de cumplir.

SÉILA.

(*Dirigiéndose al fondo, y subiendo melancólicamente por una colina, seguida de las Jóvenes hebreas, que la acompañan con tristeza, y reciben la corona de flores de que se despoja.*)

Adios ¡oh siempre hermoso
Nativo suelo!
Adios, padre amoroso :
Me ausento ya.
Adios, Ruben y hermanas :
Bajo otro cielo,
Y á montañas lejanas,
Vuestro consuelo
Connigo va.

TODOS.

Un ¡ay! de duelo
Te seguirá.
¡Por tí en el cielo
Vele Jehová!

(*Jefté, rodeado de sus Guerreros, queda en primer término, con expresion de profunda tristeza. Séila dobla la colina y desaparece.— Oyese en la orquesta el recuerdo del himno de triunfo.*)

ANTONIO ARNAO.

¡ACUÉRDATE!!

—
Cuando el huracán del mundo
De mis brazos te arrebate,
Y en su raudito torbellino
Desvanecida te lances,
Y circundada te sientas
De una atmósfera brillante,
Donde el oro te deslumbre
Y aromas mil te embriaguen,
Y el placer te solicite,
Y en el deleite te bañes,
Y cada aurora te encuentre
En los brazos de un amante ;
Si en tu corazon sintieres
Un vacío inexplicable
Que no llenen las riquezas,
Ni los placeres acallen,
Acuérdate de estas horas
Apacibles y fugaces ;
Piensa en mí, que te he querido
Como no te querrá nadie.

—
Cuando lleguen del hastío
Las horas interminables,
Y tus sentidos se emboten
Y las dulzuras te amarguen,
Y tus amantes de un dia
Con frialdad te rechacen,
Y tus cómplices te vendan,
Y tus amigas te engañen,
Y se amortigüe la llama
De tus pupilas brillantes,
Y á tus pálidas mejillas
El tinte rosado falte,
Y te ofenda del espejo
La lealtad implacable,
Y del porvenir oscuro

Los tristes ojos apartes ;
Si de tu pecho sintieres
Triste un suspiro arrancarse,
Y no oyes que le responde
El eco en alguna parte,
Acuérdate de quien siempre
Suspiraba en tus pesares ;
Piensa en mí, que te he querido
Como no te querrá nadie.

—
Cuando la suerte voluble
De ser tu amiga se canse,
Y con sus brazos de hierro
El infortunio te abraza,
Y en soledad tenebrosa
Sientas tu vista anublarse,
Y el llanto de la vergüenza
Tu pálido rostro escalde ;
Cuando tus dolientes miembros
Fiebre continuada abraza,
Y tu alma desespere
Entre congostas mortales ;
Si ves que no hay quien responda
A tus doloridos ayes,
Y no suena á tus oidos
De compasion una frase,
Piensa en aquel que tu frente
Cubrió de besos suaves ;
Piensa en aquel que te quiso
Como no te querrá nadie.

—
Cuando una cerrada niebla
Tu clara mirada empañe,
Cuando el bullicio del mundo
En tus oidos se apague,
Y á tu fatigado pecho
Sientas que le falta el aire,
Y en tus extenuados miembros
Se paraliza la sangre,

Y en la suprema agonía,
Con la eternidad delante,
Junto á tu lecho de muerte
No sientas llorar á nadie,
Acuérdate de mi nombre,
Y acaso verás mi imagen
Acudir á despedirte
De la vida en los umbrales ;
Piensa en mí, que te perdono
Todo el mal que me causaste,
Y al dar el postrer suspiro
Dile que vaya á buscarme.

LUCRECIO.

RECUERDOS.

—
Esos pájaros que cruzan
Volando en negro tropel
Cuando en el piélago inmenso
Va el rojo sol á caer,
Recuerdos son para mí
De otra edad y de otro bien,
Que ya desaparecieron
Para nunca más volver.
Y esas olas que se mecen
Y murmuran no sé qué,
También á mi mente traen
Recuerdos del tiempo aquel
Que en los brazos de mi madre
Triunfos y glorias soñé....
—Triunfos que nunca llegaron :
Glorias que nunca han de ser.
¡Y ya no existe mi madre!
¡Y no existe ya mi bien!

PEREZ DE LIÉBANA.

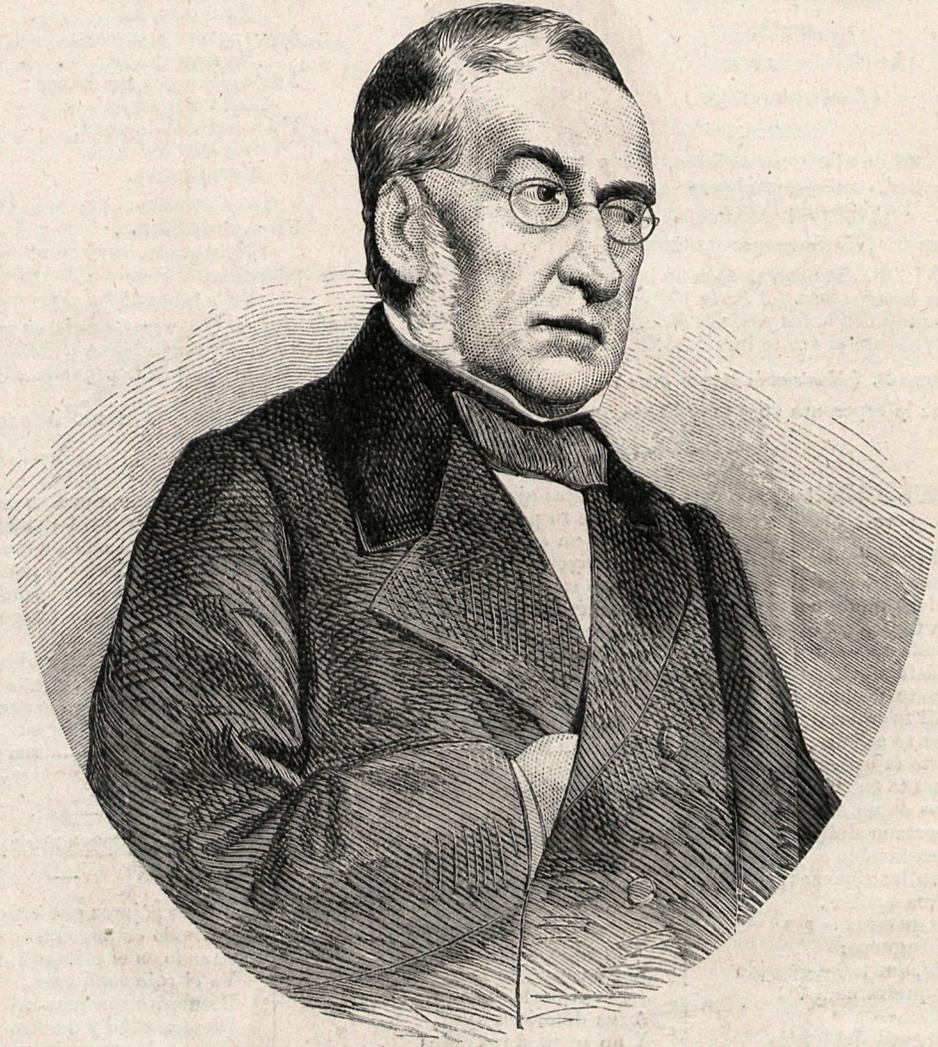
LA MUJER.

ARTÍCULO... DE PRIMERA NECESIDAD.

En estos felices tiempos en que á fuerza de dirigir el hombre toda su actividad á la reivindicacion de sus derechos ha conseguido entrar en el pleno goce de todos ellos, desde los de puertas que ya no existen (las puertas, no los derechos por desgracia), hasta los de las puertas de su casa

si no hago *cotizable*, porque fuera incurrir en un crimen de lesa galantería, no por eso deja de ser *considerable*, si no por lo que nos produce, al ménos por lo que nos cuesta, y váyase lo uno por lo otro.

Y cuenta que al ejercitar este derecho no abrigo la pretension de decir nada nuevo sobre el particular, que soberbia sería en mí, y mucho más soberbia que la de D. Rodrigo Calderon y otros que no son D. Rodrigo aunque mucho se le parecen, pretender erigirme en jefe de escuela,



D. Manuel Erreton de los Herreros.

y las de sus ventanas y balcones, que sí existen, para su desgracia tambien, nada de extraño tiene que toda clase de artículos, incluso los de periódicos y almanaques, y hasta los de la constitucion que tenemos en incubacion, se conviertan en artículos de primera necesidad.

Hé aquí por qué, dadas tambien las presentes circunstancias en que toda clase de valores se halla sufriendo una depreciacion tan federal, ejercito yo el derecho de reivindicar el valor de la mujer como elemento social, que

tratándose de asunto tan delicado y espinoso: sólo me propongo consignar el hecho tan debatido por ilustres mantenedores, y en cuanto á mi humilde personalidad, me permitiré únicamente recordar que siempre he sido, soy y seré, Dios y la federal mediante, uno de los más acérrimos defensores de los indiscutibles derechos del sexo débil y bello, cualidades que se disculpan y hasta se justifican entre sí.

Para ello no estará de más reproducir algo de lo que yo

pensaba allá en mis verdes años, y en los de hoy empieza á madurar para bien de la forzosa, y cuando yo, como cada hijo de vecino, me permitia ó podia permitirme tener opiniones: que es sobre poco más ó menos lo que sigue:

La mujer, dice Jules Janin, es la más desgraciada de las criaturas hechas á semejanza de Dios.

Su infancia es lánguida y llena de trabajo; su primera juventud, una promesa ó una amenaza; sus veinte años,

Y los hombres no lloran.

Unos, porque no saben.

Otros, porque no pueden.

Todos, porque no deben llorar.

Luego vosotras, aunque nuestro orgullo se resienta al confesarlo, sois para nosotros una imperiosa, una indispensable necesidad.

Esto aparte de otras razones que podria consignar en mi apoyo, ó por mejor decir, en el vuestro.



D. Eduardo Rosales.

una mentira; su madurez, la vergüenza; su vejez, un infierno.

Y sin embargo, decía yo entonces, la mujer es la primera necesidad que conoce el hombre.

Antes de serlo, necesita sus entrañas para alimentarse en ellas con su sangre y recibir allí la vida de su propio ser.

Cuando descende á la huesa, necesita tambien quien derrame una lágrima sobre su tumba, para que riegue la flor de su memoria.

Vosotras sois nuestro principal elemento en la vida. ¿Y cómo no serlo, si empezasteis por existir á costa de nuestras costillas?

Por vosotras amamos la gloria.

Para vosotras amamos el dinero.

Os debemos el bien, porque sois madres de los buenos.

Porque sois madres de los malos, y sin éstos no pueden existir aquéllos.

Por eso, y por otras cosas más, os amamos.